

Prólogo

Este libro es una magnífica contribución a la comprensión de las vertientes conceptuales sobre el tema de elites políticas y a su aplicación empírica al caso de la elite política caleña, en el periodo de 1958 a 1998. Contiene un marco conceptual, un uso metodológico y un recuento y análisis de la historia política y urbana de Cali fascinante para quienes nos interesamos en estos temas. Tiene, además, una excelente narrativa que estimula la curiosidad e incentiva la lectura.

De la rica exposición conceptual, hecha por el autor, quisiera destacar algunas conclusiones propias. En primer lugar, que la figura de elite política es, de alguna manera, un subproducto de la democracia y el Estado, y de la especialización de la política como una actividad en sí misma y no como una mera sub-expresión del ejercicio del poder de clase o económico. En segundo lugar, que las elites políticas no sólo tienen elementos de poder que definen su conformación sino que para considerarse como tales requieren un proyecto político y unos mecanismos de legitimación. En otras palabras, que la élite política no sólo se define, y sobre todo perdura, por sus factores de poder

PRÓLOGO

de origen, sino por el proyecto político que representen y la legitimación que alcancen en un momento dado.

En tercer lugar, me llamó la atención la distinción que hace el autor entre los conceptos de facción, fracción y red política, para finalmente concluir que la elite política caleña se determina principalmente bajo el concepto de fracción partidista, en el interior de los dos partidos políticos dominantes del periodo de estudio, Liberal y Conservador, y parcialmente bajo el concepto de red, por su rol político general, y en particular por el que jugaron en la determinación del uso y distribución del suelo de la ciudad.

Desde el punto de vista metodológico resulta muy interesante el camino que escogió el autor para identificar la elite caleña a partir del número y tipo de cargos públicos de elección popular obtenidos y de la filiación partidista por la que los obtuvieron durante el período de estudio. Con esa metodología el autor concluye que la elite caleña proviene de una elite regional conformada por 214 personas, de las cuales 89 son regionales, del departamento del Valle, y 125 son locales, más ligadas a Cali. De esas 125 personas, 47 constituyen el núcleo de la elite caleña y de ellas 4 su cúpula.

Los cuatro apellidos que representaron durante 40 años la cúpula de la elite política caleña fueron: Holmes, Balcázar, Holguín y Lloreda. Los miembros de esa cúpula ostentaron mayoritariamente los cargos de Concejal y Senador, se consolidaron como líderes de una fracción partidista –dos liberales y dos conservadoras– que, a su vez, agrupaba a otros miembros de la elite local y regional, y actuaron como una red política en la medida en que sumaban otras posiciones públicas y privadas

de poder, como por ejemplo: cargos en la burocracia estatal o en la representación gremial. En dos de los tres sub-periodos de estudio (1968-1982, 1984-1992 y 1994-1998) el Partido Liberal fue la filiación política dominante de la élite y en el último lo fue el Partido Conservador. En el primer sub-período aparecía tímidamente el Partido Comunista y en el segundo la Anapo; en el tercero desaparecieron completamente, lo cual define la hegemonía bipartidista de la elite política caleña en el periodo de estudio.

La metodología y narrativa desarrollada por el autor explica muy convincentemente la naturaleza de la elite política caleña –de fracción partidista y elitista. Sin embargo, me pareció un poco menos contundente a la hora de relacionar la naturaleza de esa élite con el tipo de proyecto político que enarbó y los mecanismos de legitimación que utilizó. El autor afirma que la elite política local tuvo “un proyecto hegemónico de ciudad” y ofrece como principal prueba de esta afirmación un exhaustivo análisis sobre las decisiones de “creación, legalización y ampliación del perímetro urbano de la ciudad, específicamente la creación y/o legalización de barrios”, la cual describe como el principal instrumento de legitimación política de las decisiones urbanas de la elite. Sin embargo, no me quedó suficientemente claro qué es lo que define el carácter hegemónico del proyecto urbano de la elite política caleña.

Si es por el carácter de supremacía de unos intereses o entidades sobre otros, cualquier proyecto de elite, no sólo el caleño, sería por definición hegemónico, puesto que son las elites quienes tienen la capacidad de imponer sus intereses.

PRÓLOGO

Tal vez la hegemonía en particular a la que se refiere el autor, proviene de la persistencia del carácter política y económicamente interesado, clasista y segregacionista de las decisiones urbanas de la elite política caleña, independientemente de qué fracción partidista liderara la élite. Aún así, lo mismo podría demostrarse de las decisiones urbanas de las elites en casi cualquier otra ciudad colombiana, por lo que esa característica no me parece suficiente para definir como hegemónico el proyecto de la élite caleña en particular.

Quizás profundizando en la información que ofrece el mismo autor pudiera llegarse a una definición más precisa de lo que caracterizó el proyecto político/urbano de la elite caleña. Por ejemplo, podrían profundizarse los aspectos planteados en este aparte del libro:

Se puede señalar que la élite moviliza tres niveles de conjunción política al momento de tomar decisiones desde los espacios de poder, aunque con las debidas excepciones, pues la realidad es más fluida que lo que en estas líneas se puede expresar. En primer lugar, un espacio de unidad bipartidista (liberal-conservadora, fundamentalmente) frente a temas más o menos estratégicos (por ejemplo, el orden social en la ciudad, el tema de la inseguridad frente a la guerrilla, la defensa del régimen político o del Estado en su conjunto); en segundo término, un espacio de unidad en el interior del partido frente a temas claves para la congregación política, digamos medianamente estratégicos (por ejemplo, frente una elección presidencial, un ataque al partido o a uno de sus miembros fundamentales); y, en tercer lugar, un espacio de unidad más específico, como el

que se presenta dentro de las fracciones políticas en torno al jefe, el círculo cerrado que dirige la organización, etc. (p. 222 y 223).

Igualmente, en la excelente narrativa sobre la evolución urbana y poblacional de Cali, el autor ofrece elementos que podrían profundizarse para caracterizar más específicamente el proyecto urbano de la elite política caleña. Una parte de esa narrativa es común entre Cali y las principales capitales colombianas. Por ejemplo, que a partir de 1950 el perímetro y la planeación urbana se quedaron cortos frente a la enorme migración rural, impulsada por la violencia. O que la ciudad se segmentó y segregó en función de preservar y valorizar los mejores suelos para los más pudientes, las elites, y dejaron en la periferia a las mayorías menos pudientes. Eso es común a la historia urbana colombiana.

En cambio, hay otros elementos que sí son particulares a Cali y que el autor menciona y reconoce, que deben ser mucho más definitorios del carácter urbano de esta ciudad y del proyecto político y urbano de su elite. Por ejemplo, el desarrollo portuario y ferroviario, que impulsó, a su vez, un tipo de ocupación y desarrollo industrial particular. O el vínculo entre la elite política valluna y caleña con ciertos sectores económicos agroindustriales. O la composición racial, en particular afro-descendiente, de una porción muy importante de los migrantes que poblaron la ciudad. O la apropiación de las tierras ejidales o comunales por parte de ciertos grupos de poder. Estos factores “caleños” han de ser mucho más influyentes que el hecho, común a todas las elites urbanas,

PRÓLOGO

de que sus decisiones son clasistas y segregacionistas, o que usaron la ampliación del perímetro urbano y la legalización de barrios en su beneficio político y económico.

Es posible que ese tipo de factores, como por ejemplo la unidad en la defensa de su estatus político, basado en el bipartidismo frentenacionalista, definiera parte del carácter aprehensivo, político y territorial, de la elite caleña frente a amenazas como la que constituía la guerrilla, en particular el M-19, que pretendía derrocar el que consideraba un pacto ilegítimo, el Frente Nacional, y un bipartidismo excluyente y asfixiante. Lo mismo podría decirse de la composición racial de la elite, blanca y mestiza, frente a la “horda” de negros y mulatos que migraron a Cali y que, en su visión, menoscabaron su “civismo”.

De otra parte, el autor hace un análisis muy interesante de la creación/legalización de barrios por Comuna, estrato y nombre de los barrios, en cada uno de los tres sub-periodos del estudio. De este análisis el autor concluye que los sub-periodos de evolución urbana de la ciudad se relacionan con “los tiempos de salida de las tres cohortes de miembros de la élite, por lo tanto se intuye la relación en cada período entre los miembros de la elite y su implicación directa en las tomas de decisión sobre la espacialidad urbana”. Si existiera información electoral de la época por Comunas, tendríamos un elemento adicional para ir un poco más allá de la intuición. Podríamos, por ejemplo, comparar los resultados electorales al Consejo de cada fracción partidista, en cada Comuna, en cada sub-periodo y ver qué tanto se relacionan esos resultados

con la decisión de crear o legalizar determinados barrios en determinadas Comunas.

De la lectura de esta segunda parte del libro, sobre la evolución urbana de la ciudad y su relación con las decisiones político/urbanas de la elite caleña, me surgieron varias inquietudes. Si se afirma que la elite caleña tenía un proyecto hegemónico de ciudad, ¿por qué hay diferencias sustanciales entre el trazado urbano que adquiere la ciudad en un período y la cohorte de la elite que está encumbrada en ese período? ¿Por casualidad histórica, social o territorial? ¿O por la influencia específica de la respectiva cohorte de la elite en dicho trazado? ¿Influyó en algo la fracción partidista dominante de cada cohorte de la elite en un sub-periodo dado con el trazado urbano de ese periodo? ¿O el trazado que fue adquiriendo la ciudad es indistinto a la filiación ideológico/partidista de la cohorte/fracción de la elite que domina el poder político en un sub-periodo?

La coincidencia del fin del período de estudio del autor, 1998, con el año al que se remontan mis propias investigaciones sobre parapolítica y captura del Estado, me generaron inquietudes adicionales, que nada tienen que ver con la calidad de este valioso texto sino con mis propias elucubraciones. Empiezo por una anécdota. Hace pocos meses, en un Foro con directores de medios, escuché a un amigo lamentarse del cambio de élites en el Valle y de su propia exclusión. Sin duda, hoy apenas queda la sombra de las elites políticas que analiza este libro. Holmes, Balcázar, Holguín y Lloreda son apellidos que se relacionan más con el pasado que con el presente de las elites políticas vallunas y caleñas. El mapa

PRÓLOGO

de poder político del Valle, como el del país, se transformó por completo entre 1994 y 2002, y el nuevo se consolidó y legitimó entre 2002 y 2010.

Aunque apenas se ubicaba en la última parte de su periodo de estudio, el libro afirma que el proceso 8000 se sintió en la conformación de la elite de cuatro formas:

[...] uno, se produjeron realinderamientos entre los miembros de las fracciones políticas directamente afectadas; dos, la corrupción, en sus diferentes formas, se convirtió en un elemento clave de la confrontación entre los candidatos; tres, aumentó el desprestigio generalizado de los políticos y la política entre la ciudadanía; y cuatro, creció la expectativa por comprobar si el sistema político era capaz de renovarse así mismo en la jornadas del ciclo electoral.

Teniendo la ventaja de saber lo que pasó después, hoy parece evidente que el proceso 8.000 se sintió mucho más allá de esas cuatro consecuencias. Quisiera sugerir como hipótesis que ese proceso representó un punto de quiebre en los factores definitorios y legitimantes de la elite valluna y caleña. En particular quisiera sugerir dos aspectos, en referencia a lo sustentado por el libro. Después del proceso 8.000 y en parte por él, de una parte, el linaje familiar y de fracción bipartidista se fue extinguiendo como factor definitorio de membresía y herencia del vínculo a la elite política, y de otra, el mecanismo de legalización de barrios dejó de ser el principal instrumento de legitimación de la elite política caleña.

Es posible que esas dos cosas hubieran ocurrido con o sin proceso 8000. Al fin y al cabo el bipartidismo fue desapareciendo como referente político y de elite en todo el país y la legalización de barrios pudo decaer como instrumento de legitimación en todas las ciudades, en la medida en que su crecimiento poblacional y territorial se estabilizó. Sin embargo, el proceso 8.000 sí tuvo implicaciones particulares para el proceso de conformación de la elite en el Valle. En particular, el autor describe muy bien, cómo ese proceso dejó fuera del juego político a más de la mitad de los herederos “naturales” de ciertas fracciones bipartidistas. En ese sentido, el proceso 8.000 interrumpió abruptamente el proceso de generación y sucesión de parte de la elite, especialmente la de filiación liberal.

Como bien dice un amigo, en política como en la física no existe el vacío. Sugiero como segunda hipótesis que ese hueco generacional dentro de la elite valluna y caleña se llenó por lo menos con tres vertientes: fracciones políticas conservadoras, fracciones políticas independientes y fracciones políticas del narcotráfico. De las primeras da cuenta el hecho, que alcanza a reseñar este libro, que posterior al estallido del proceso 8.000 en 1994, la composición partidista de la elite se tornó mayoritariamente de filiación Conservadora. De las segundas da cuenta el carácter cívico e independiente bajo el que se identificaron electoralmente la mayoría de quienes ostentaron posteriormente cargos de elección popular local y regional, en particular la Alcaldía de Cali y la Gobernación del Valle. Y de las terceras dan cuenta los sectores de la elite que superaron con alta o total impunidad política y judicial el proceso 8.000 y que luego se reposicionaron, para parodiar un

PRÓLOGO

concepto usado por el autor, dentro del mapa político regional y nacional. De éstas el mejor, pero no el único ejemplo, es la sobrevivencia de la fracción política Movimiento Liberal Unido, y su posterior transformación en Movimiento Popular Unido, en Convergencia Ciudadana, en ADN y finalmente en el Partido de Integración Nacional, PIN. Otras fracciones de este tipo, como el llamado Becerrismo, se mantuvieron por un tiempo dentro del Partido Liberal y luego se acomodaron dentro del Partido de la U.

Ese proceso de reconfiguración de la elite valluna y caleña podría enmarcarse dentro de dos conceptos que plantea el autor de este libro: el de competencia heterogámica y el de circulación de élites, pero que desecha para su período de estudio. El autor defiende, con razón, que para el período 1958-1998 la elite valluna y caleña tenía una funcionalidad “homogámica”:

[...] pues cuando uno de sus miembros logra escalar posiciones y reconocimiento entre los electores, sustituye al jefe cuando este muere, se retira o pierde espacios de poder político. Por el contrario, la competencia no es “heterogámica”, en relación con otros proyectos políticos, sino interna, entre pares políticos, pues los proyectos políticos contrarios o divergentes son algunas veces excluidos desde el sistema (p.107 y 108).

Basado en esos conceptos, la investigación consagrada en este libro “se refiere a una élite política en singular, en tanto por su carácter político partidista y de fracción, se la puede

configurar como única.” (p. 108). Por ello, no se refiere a la circulación de élites, según el concepto de Pareto, el cual, según el autor, se realiza “cuando una nueva élite, como nuevo sector de clase, logra hacerse como sector hegemónico, en términos de clase dirigente, con un nuevo proyecto político social, [en ese caso] nos encontramos allí frente a una verdadera circulación de élites” (p. 108).

Lo que sugiero como tercera hipótesis, es que esa circulación de elites, que no aplicó para el periodo de estudio del autor, sí se concretó a partir del proceso 8.000, como resultado de tres factores: en primer lugar por la interrupción del ciclo de sustitución de un sector de la elite derivado del “vacío de poder” del proceso 8.000; en segundo lugar, por la creciente toma de poder político por sectores de la mafia; y, en tercer lugar, por la expresión electoral de las mayorías antes excluidas, a partir de la elección popular de alcaldes y gobernadores. Esos tres factores fueron, en mi opinión, determinantes para que entre 1994 y 2007, sí se produjera en el Valle la consolidación de un “nuevo sector de clase”, con un “nuevo proyecto político y social” –que incluye entre otros propósitos la impunidad y legitimación política de la mafia–, todo lo cual produjo el fenómeno de circulación de elites, y consecuentemente, la reconfiguración del mapa político por fuera del “tótem liberal-conservador” en nuevas expresiones partidistas. Por similares o distintas razones, eso ocurrió tanto en el Valle como en otras regiones del país y terminó modificando el mapa de poder no sólo de las regiones sino del país.

Como cuarta hipótesis sugiero que a partir del 2002, la recompuesta elite valluna, como la mayoría de “nuevas elites

PRÓLOGO

regionales”, encontraron en la seguridad democrática y en el respaldo a la elección y reelección del presidente Alvaro Uribe sus principales instrumentos de legitimación. La legalización de barrios y la filiación bipartidista quedaron en el pasado.

El autor demuestra que en el primer sub-período de estudio de su investigación, hay una mayor representación de los miembros de élite en el Concejo Municipal (9.83%), así como en la Asamblea Departamental (8.43%), y en la Cámara de Representantes, respectivamente, (8.20%). En el segundo periodo (1984-1992), el peso mayor se ubica en las instancias de Concejo (14.99%) y Senado (7.26%). Y en el tercer periodo (1994-1998), la situación se torna parecida, en sus distribuciones, a la del periodo inicial, con prevalencia de la representación en Concejo y Cámara. Sugiero como hipótesis, que en lo que podría considerarse un cuarto período (1994-2007) la mayor representación de los miembros de “las nuevas elites”, están en la Gobernación, el Senado y la Asamblea.

Sin embargo, no todo cambia en este nuevo periodo (1994-2007) y con estas nuevas élites, en relación con la elite “histórica” y el periodo de estudio de ésta investigación. Tanto la elite anterior como las de ahora, representan una clase que no sólo se reproduce a través del régimen político sino que se legitima a través de él. Como dice el autor:

[...] muchas veces se hace difícil adelantar el análisis de élite por fuera del análisis de clase, ya que de alguna manera el núcleo de élite política representa a una clase que requiere y posibilita la reproducción del régimen político como forma concreta de organización de lo político, a través de

CLAUDIA LÓPEZ

la confirmación y apoyo de las normas y reglas de juego institucionales que legitiman el cuadro de dominación y del orden social en la ciudad (p. 126 y 127).

Por último también vale sugerir que estas nuevas elites como la elite anterior, operan como *redes* de poder político, que representan mucho más que el número de cargos de elección popular que ostentan en un periodo dado. Sin embargo, las nuevas elites a diferencia de la anterior, no sólo representan dentro de sus redes posiciones de poder electoral y burocráticas, así como públicas y privadas, sino también posiciones de poder legales e ilegales. En esa triple capacidad híbrida reside la naturaleza, carácter y permanencia del estatus de las nuevas elites. Ése es el centro de gravedad del desafío académico y político que esa nueva realidad representa para la sociedad valluna y la colombiana.

Como colombiana e investigadora le agradezco inmensamente al autor por el invaluable aporte que este libro hace al conocimiento y a la reflexión política del Valle y del país. También agradezco a sus editores por la paciencia que me tuvieron para escribir y entregar este prólogo.

Claudia López
Bogotá, marzo 31 de 2010

